



Volodia, el inconsecuente

Las reacciones que ha provocado la muerte de Volodia Teitelboim —se ha alabado su compromiso, su capacidad de entregarse a aquello en lo que creyó— plantan por enséñame una vez el problema de si acaso la inconsecuencia es, en sí misma, un valor.

Volodia, como tantos de su generación, aplaudió a Stalin, cerró los ojos a la experiencia soviética, desconcó de la democracia liberal y, en cambio, creyó en la dictadura del proletariado. En suma, abrazó creencias que hoy se revelan erróneas. Como un personaje de Koestler (en "Oscuridad mediodía") fue capaz de justificarlo todo por lo que juzgaba era el bienestar de la humanidad. Fue un true believer: fiel a su compromiso comunista, no relativizó nunca en público las certezas por las que alguna vez estuvo dispuesto a arriesgarlo todo.

Fue, en apariencia, consecuente. Hay una evidente coherencia entre lo que creyó y lo que hizo. Poseyó su vocación literaria hasta la vejez y llegó al extremo de elaborar secretos familiares —sin duda, suicidando el y haciendo sufrir a los que más amó— por lealtad al partido.

En suma, pareció un creyente dispuesto a sacrificarlo todo, o casi todo, por un puñado de convicciones.

¿Tiene valor todo eso? ¿Debemos aplaudir la consecuencia?

Al revés de lo que nos gusta creer, no siempre.

Quizás en los años finales —medio siglo después de amar a Stalin— Volodia se refugió en la literatura como una forma de reconocer que la fe, incluso sin Dios, es un exceso. Y es que —al contrario de lo que se dijo en su velatorio— el mundo es mejor gracias a la inconsecuencia. Después de todo, ¿qué sería de nosotros si, comunistas o no, nos mantuviéramos siempre fieles a lo que creemos?



CARLOS PEÑA

Hitler, por ejemplo, fue un modelo de consecuencia. Si hubiera sido inconsecuente —es decir, si los ideólogos que lo poseyeron no hubieran guiado su conducta— el mundo se habría ahorrado un millón de sufrimientos. Por eso, gracias a Dios, quienes piensan que están en posesión de la verdad absoluta no son coherentes. Si lo fueran, el mundo no valdría la pena: todos los que nos envolvimos no mereceríamos ni hablar, ni leer.

Por desgracia, Pinchev fue consecuente. Si no hubiera tomado en serio su anticomunismo, habríamos sufrido menos.

En suma, la inconsecuencia es a veces mejor que la coherencia cética. Desenterrar de las propias ideas —no olvidar que son eso, ideas— y no transformarnos nunca en dogmas a los que haya que servir sin restricciones, parece ser un valor superior a la consecuencia.

Como sugirió Kalamowski —en su famoso elogio de los inconsecuentes— el mundo es un lugar habitable gracias a que está lleno de tipos que creen a pie juntillas en una cosa, pero tienen el buen sentido de no llevarla a la práctica. Asesinos que, justos, se distrajeron a escondidas los placeres que ofrecen. Heren la gentileza de no imponer las restricciones que predicarían poseedores de la verdad absoluta que, sin embargo, se detienen ante el secreto de cada conciencia: creyentes en la superioridad racial que, no obstante, son capaces de vivir como iguales con los que juzgan inferiores.

Si el aserto, el poseedor de la verdad, el creyente o el creyente cultivan la coherencia, este mundo será un infierno.

El mundo en cambio es habitable gracias a que los fanáticos —los que los fanáticos— son como ventos al extremo de sacrificarse a todo, especialmente si nos apoyamos una minoría.

Al revés, el mundo parece mejor gracias a esa multitud de inconsecuentes que proclaman los derechos de los animales y, sin ningún problema, preparan un bife; esas personas que pelean acerca de la importancia de la alta cultura mientras se deleitan

con la tele; esas muchedumbres que se golpean el pecho y vuelven a pecar; esos neoliberales que no les entran los ojos al mercader de sus convicciones que van a casa y hacen mandas; esos amantes de la familia que bucan del horror doméstico.

En suma, el mundo funciona gracias a esa mayoría de personas que no ejercitan esa supuesta virtud que, en la hora de su muerte, algunos creen ver en Volodia.

"Fue un true believer:

fiel a su compromiso comunista, no relativizó nunca en público las certezas por las que alguna vez estuvo dispuesto a arriesgarlo todo".

Por eso quizá sea mejor pensar en Volodia Teitelboim como un inconsecuente. Alguien que supo que la fe que profesó era un exceso. Y que por eso, en los años finales, se refugió de lleno en la literatura, en esa actividad artística y discreta que es cualquier cosa menos un programa de acción. Quizá reviviera las vidas de Neruda, Huidobro, Mistral, Borges y la suya, acompañado de sus gatos y de sus recuerdos, como una forma de encerrarse y reconocer para sí mismo que la vida dislocada no servía de mucho a la hora del dolor. Y que la vida —ese ejercicio imperfecto, lleno de dudas y de verdades, de contradicciones innatas y de deudas— sería real, o casi nada, sin la inconsecuencia. ■

Volodia, el inconsecuente [artículo] Carlos Peña.

Libros y documentos

AUTORÍA

Peña, Carlos, 1959-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2008

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Volodia, el inconsecuente [artículo] Carlos Peña.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile